

Un Suicidio Moral

Desde La Atalaya. Radha Burnier

Hay que felicitar al gobierno británico por haber prohibido ese horrible negocio de las pieles fabricadas en granjas. Una nueva Ley hará cerrar todas estas “granjas” en Inglaterra y Gales en el año 2002. En el *Animals’ Defender* leemos que el Ejecutivo Escocés introducirá también su propia legislación.

El asesinato cruel de los animales, a los que se les causa un dolor inmenso, para satisfacer la vanidad o como forma de diversión, degrada a los seres humanos a un nivel inferior al de los animales. Sólo una mente depravada piensa en arrancarles su maravillosa piel suave a unos hermosos animalitos sólo para seguir los dictámenes de la moda. Cada abrigo de piel significa un sufrimiento inmenso y una muerte precoz para muchos animales. *Animal’s Defender* señala que los visones de estas granjas están encerrados en jaulas diminutas de malla de alambre, con lo que su territorio natural de varios kilómetros queda reducido al de unos centímetros. Las pobres criaturas se ven obligadas a apretujarse entre sí para poder moverse. En las trece granjas que hay en Inglaterra solamente, se matan unos 165.000 cada año.

Esperemos que otros países también tomen ejemplo del gobierno inglés y acaben por abolir las granjas de piel y otras prácticas similares horribles. La opinión pública en contra de la crueldad ha ido creciendo en Gran Bretaña y tiene que hacer lo mismo en otros lugares. John Grey, en un artículo publicado en *The Guardian Weekly* (6-11 Agosto 1999) dice: “El bienestar de los animales ya no es un tema marginal. Se ha convertido en un factor clave, igual que el de la explotación de los niños, a pesar de la gran oposición de los cazadores, y esperamos que en breve el gobierno británico acabe también con la caza practicada como deporte.

El conde León Tolstoi, en su época un gran cazador, explica cómo abandonó para siempre este “deporte” después golpear brutalmente a un lobo para matarlo. Los hombres habían hecho salir al animal de su escondrijo. Tolstoi corrió hacia él para matarle con un palo muy grande... y le pegó en la base del hocico, que es el punto más sensible del animal. Este le miraba fijamente a los ojos y, con cada golpe, soltaba un suspiro ahogado. Tolstoi escribió después:

El hombre que comprende la repercusión moral de la compasión no retrocederá ante el temor de que sus manifestaciones puedan ponerle en ridículo ante los ojos de los demás. No le importará el que los demás se rían de él o le critiquen si suelta a un ladrón atrapado en una trampa en vez de matarlo, porque sabe que no solamente ha salvado de la muerte a un animal que deseaba vivir tanto como él, sino que ha expresado libremente el sentimiento de la compasión, dando un paso adelante hacia esa etapa superior del amor universal que, sin admitir límites, le libera de la muerte y le identifica con la fuente de la vida.

Todos los cazadores actúan de una forma diametralmente opuesta; no es casualmente y ocasionalmente sino continuamente que pisotean el precioso sentimiento de la caridad. Es poco probable que, entre los cazadores no haya habido nunca alguno que no haya sentido nunca un atisbo de compasión por alguna de sus víctimas, pero, al mismo tiempo, habrá intentado controlar ese sentimiento, considerándolo una debilidad. Y de esta manera destruye la flor recién abierta de la compasión, de la cual podría haber crecido y florecido el sentimiento más elevado y el amor más perfecto. Este constante suicidio moral es la base de la enfermedad del corazón.

(The Theosophist, noviembre 2001)